

JUGANDO Y APRENDIENDO

Por Zan Skelton

ERA la mayor suma de dinero que Ricardo jamás hubiera tenido, y él la había ganado. ¡Tres pesos!

El Sr. Santiago esperó hasta que Ricardo terminó de contar la última nuez. Entonces salió y le dijo sonriente:

-Has hecho un buen trabajo, muchacho. Me alegro porque pudiste ayudarme. No quería que las nueces quedaran en el suelo mucho tiempo. Si señor, has hecho un buen trabajo.

Entonces extendió la mano en la cual Ricardo vio el dinero.

Ricardo lo tomó lentamente, sin detenerse a contarlos, ¡tan feliz se sentía!

-Muchísimas gracias, Sr. Santiago -dijo, y regresó corriendo a la casa.

La casa de Ricardo estaba como a un kilómetro y medio de la hermosa casa del Sr. Santiago. Era una casita pequeña, que necesitaba ser reparada y pintada "Algún día - solía decir el padre de Ricardo-, algún día quizás podamos cambiarnos de casa. Pero el dinero es escaso -añadía a veces-. Y por ahora todos tendrán que poner el hombro y ayudar. Y quizás algún día..."

-¡Mamá! -exclamó Ricardo entrando en la cocina. Su madre estaba junto a la estufa, pelando papas. En la cocina hacía mucho calor.

Levantando la vista, sonrió a su hijo.

-Sí, Ricardo -respondió aparentemente muy cansada.

-Mamá, mira lo que el Sr. Santiago me dio por recoger sus nueces. En realidad no me llevó mucho tiempo. Sólo una mañana. ¡Y mira!

Y levantó en alto los tres pesos.

-Qué bueno, Ricardo -dijo ella-. ¡Eso sí que es bueno!

-Ahora puedo conseguir esa pelota de básquet que deseaba -dijo Ricardo. Ya había preparado el cesto en el patio para jugar y estaba deseando conseguir la pelota. La había visto por dos cincuenta.

-¿Crees que puedo ir ahora a comprarla? -dijo, porque no podía esperar.

-Ricardo -habló la madre en un tono tan bajo que él tuvo que inclinarse para oírla. Tú crees.. quiero decir, ¿estaría bien que después de sacar el diezmo, uses el dinero para tus útiles escolares? Como sabes, tenemos que comprar dos nuevos libros, y a veces cuesta conseguir el dinero. Yo sé que tu padre se sentirá muy orgulloso si puedes ayudarlo un poco.

-¡No! -dijo sin pensar Ricardo-. Este es mi dinero. ¡Yo lo gané! Trabajé y lo gané, y voy a comprarme la pelota. ¿Por qué tengo que gastarlo en libros? ¡Otros chicos no tienen que hacerlo! ¡No! -repitió y corrió afuera sin preocuparse de que la mamá lo llamaba.

Se dirigió al lugar donde había visto la pelota que le gustaba y la compró, y con el dinero que le sobró se compró un refresco y lo saboreó mientras regresaba a la casa con la pelota.



Pero el juego con la pelota no le proporcionó tanto placer como él se había imaginado.

Pero era *su dinero*. El lo había ganado. Y él tenía derecho de gastarlo como quisiera, ¿no era así?

Esa tarde, cuando el padre regresó de su trabajo, Ricardo le habló de los tres pesos. Y luego le mostró la pelota de básquet. El padre lo escuchó y sonrió. Y más tarde jugaron juntos a la pelota. Pero no mucho, porque su padre estaba cansado. Nadie habló de los tres pesos.

A la mañana siguiente, cuando salía para la escuela, su madre lo detuvo.

-Espera un instante, Ricardo -lo llamó. Entrando al dormitorio, regresó en seguida. Entonces le pasó algo.

-Tú necesitarás esto hoy -le dijo.

Eran dos pesos y cincuenta centavos.

-¿Para qué? -preguntó Ricardo.

-Para los nuevos libros -le dijo ella. Luego regresó a la pileta de la cocina y comenzó a lavar los platos del desayuno.

-¡Oh! -suspiró Ricardo-. Casi me olvidaba de eso.

Y se dirigió a la puerta. De pronto se detuvo.

-¿De dónde vino este dinero? -preguntó.

-De tu padre, como puedes imaginarte -respondió ella sin volverse para mirarlo.

-No quiero tomarlo. Dile que lo guarde. El lo necesita, ¿no es cierto?

-Sí, es verdad. Pero tú también lo necesitas. Tu padre insiste en que tú lo uses. Era parte del dinero que estaba ahorrando para una chaqueta nueva de invierno. Pero tú tienes que llevarlo para pagar tus libros.

-Mamá -comenzó, pero luego se detuvo. Se sintió muy mezquino.

-Sí, Ricardo -dijo ella, mirándolo.

-Ojalá que yo... bueno, quiero decir que yo...

-Ahora tú tienes tu nueva pelota -habló la mamá muy lentamente-. Y también tienes el dinero para tus libros. ¿No es eso lo que tú querías?

-Creo que no entendía -dijo. Y se dirigió muy lentamente hacia la puerta. Luego se detuvo.

-Mamá, yo... yo no pagué el diezmo, y. . .

-¿Sí, Ricardo?

-Mamá, ¿crees tú que el Sr. Santiago me dará algún otro trabajo para ganar lo suficiente con que devolverle a papá los dos pesos cincuenta y pagar también el diezmo? ¿Crees tú? Quizás pueda cortar el césped de su casa. O tal vez pueda recoger más nueces. ¿Crees tú?

-Sí, creo -sonrió ella por primera vez esa mañana.

-Sí yo hago eso, mamá, ¿crees que estará bien? -preguntó Ricardo ansiosamente.

-Sí, Ricardo -respondió ella-. Eso estará bien y también será lo justo.

Entonces Ricardo se sintió mejor. Se sintió más grande. Como si durante la noche hubiera crecido un palmo más. Y en un sentido, quizás era así.